

tablezcan aquí otras destilerías para hacer cognac, sobre la base de nuestros ricos vinos, á fin de llegar con el tiempo á que éste país sea un verdadero mercado de cognac natural.

Creemos firmemente que nuestras sinceras manifestaciones serán atendidas, estimándolas en todo su valor; pero si por desgracia cayeran en el vacío, nos lamentaremos de ello, sintiéndolo en el alma.

De todas maneras, haremos constar que nos queda la satisfacción de haber iniciado y defendido, con el mayor desinterés, este importantísimo ramo de riqueza que ha salido al dominio público debido al descubrimiento, hasta ahora ignorado, de que el chacolí blanco indígena de Bizcaya es el vino mejor para derivar de él el más estimado de los licores, que es sin duda el cognac natural.

IRIARTE Y SAMANIEGO

Como no quita lo cortés á lo valiente, alguna vez me había de tocar poner en este orden á esos dos autores, ya que siempre he colocado á Samaniego el primero, tanto por ser cinco años mayor que Iriarte, como por haber publicado sus fábulas antes que éste. Pero como en esta ocasión trato de nuestro insigne fabulista alabés con motivo de una obra sobre Iriarte, de ahí que deba de sonar éste el primero. Efectivamente, el libro á que me refiero, tan importante por su extensión como por su mérito instrínseco, lleva en su frontispicio la siguiente leyenda: *Emilio Cotarelo y Mori. Iriarte y su época, obra premiada en público certámen por la Real Academia Española é impresa á sus expensas, Madrid, 1897.*

Como no hace aún cuarenta y ocho horas que tengo en mi poder esta obra, que consta de cerca de 600 páginas en 4.º mayor, claro está que no he hecho otra cosa que mariposear por ella; razón por la cual no me es posible hacer su crítica, ni tal cosa me propongo, sino espigar lo que en ella encuentro acerca de Samaniego.

Sea lo primero y principal lo referente á una hondísima preocupación que durante tres años he abrigado, temiendo servir de ocasión para que nuestro Samaniego fuese maltratado. El hecho es el siguiente

te: Habiendo yo tenido la suerte de encontrar en Julio de 1894 un folleto de Samaniego completamente perdido, aunque impreso, hube de proporcionar casi en seguida al Sr. Cotarelo una copia del ejemplar hallado, y como efectivamente resulta el tal opúsculo bastante violento contra Iriarte, me temía que su biógrafo y crítico, en su afán de defenderlo, fustigase cruelmente á nuestro fabulista. Figurábame ya en la situación de aquella pobre águila de que nos hablaba Esquilo, como cosa sabida en Grecia hace cerca de dos mil cuatrocientos años, y modernamente y con más pormenores Lafontaine, la cual águila, atravesada por una flecha emplumada, exclamó de ésta suerte: *así pues, nosotras debemos la muerte no á elementos hostiles, sino á nuestras propias alas*. ¿Con que es decir, (he estado yo también masculando estos tres años) que yo me estoy afanando siempre para poner de relieve nuestras glorias bascongadas, y cuando, como ahora, he tenido la fortuna de descubrir un folleto completamente desconocido del poeta alabés, tendré la desgracia de que éste sea maltratado precisamente por mi intempestivo descubrimiento?¹

Mi satisfacción, pues, ha sido inmensa al ver la delicadeza, pulso y acierto con que el Sr. Cotarelo se expresa en las páginas 326 y siguientes, (no sin dar cuenta cumplida en una nota de *este importante hallazgo* (son sus palabras) hecho por mí), en las cuales páginas dice así, hablando de la colección de obras de Iriarte en 6 volúmenes de 1787:

«Pero otro, demasiado conocido del hijo de Canarias, le dirigía una glosa de una décima satírica *contra un bizcaino, autor de unos malos versos castellanos, en metro que él llamaba sáfico y adónico*, que Iriarte incluía en sus obras, y de cuya intención puede dar testimonio la última de aquellas *espinelas*:

Con el asno tu ojeriza
Manifestando nos vas:

(1) Este folleto lo publiqué en *El Anunciador Vitoriano* en Julio del 94; en la EUSKAL-ERRIA de San Sebastián en Marzo y Abril del 95 y por entonces mismo en mi *Cervantes Bascófllo*. Por otra parte mis temores no estaban del todo desprovistos de fundamento pues en cierta escaramuza histórico-literaria que sostuvieron en *La Ilustración Española y Americana* á principios de 1895 los señores D. Francisco Navarrete y D. Luis Vidart (q. e. g. e.), este cariñosísimo amigo mío, en uso de su derecho, pero causándome alguna amargura, utilizó mi hallazgo para rebuscar en él argumentos contra su adversario.

Acaso recordarás
 De *Segarra* la paliza.
 Esto que tu rabia atiza,
 También al numen movió
 Cuando el bizcaino trató
 Por serlo, de aquella suerte;
 Pues sepa Apolo que es fuerte,
 Pero ¿borrico?... eso no.

Samaniego no era precisamente bizcaino, pero cerca le andaba, y en Bilbao residía de ordinario, é Iriarte no pudo dudar sobre quién fuese el autor de la sátira, cuando por entonces se divulgó un folleto escrito también en contra suya, impreso clandestinamente y rotulado: *Carta apologética al Sr. Masson*, y llevando por lema un verso suyo (de Iriarte), usado aquí sarcásticamente: *¡Ahora si que están los huevos buenos!* Este libelo tanto tiempo conocido sólo de reputación, y que se suponía destruido por los Iriartes, por haber escapado con algún otro trabajo á las pesquisas del moderno colector de las obras de Samaniego, fué descubierto recientemente por una casualidad altamente inesperada. Por poco que uno conozca el estilo de Samaniego, no puede menos de advertirlo en este juguete satírico que es hermano de padre y madre de las *Observaciones* atrás mencionadas: el mismo tono irónico y las mismas censuras, sobre todo al hablar de las fábulas. Y como por entonces estaba en su mayor fuerza la polémica provocada por Mr. Masson, la síntesis de todo es que su pregunta está contestada por el isleño con sólo la publicación de sus obras. «Sí, señor; las obras de D. Tomás de Iriarte, joven español que aún vive y le conoce todo Madrid; las obras de D. Tomás, que acaban de salir de la prensa; estas obras, digo, son el resultado, el hecho permanente que ha de servir de impugnación del artículo, y de verdadera apología de nuestra España en el siglo incrédulo y filosófico».—Al ensalzar Samaniego, con mal disimulado carientismo, las fábulas de Iriarte, elige los versos más flojos y los aforismos más triviales, y se burla de la invención, diciendo: «Fuera escrúpulos, señor Masson, reciba el mundo literario los maestros que D. Tomás le regala, y si aún se nos pregunta *¿qué debemos á España?*, á fê mía que no lo preguntará V. md. *de aquí á dos, de aquí á cuatro, de aquí á diez siglos*, en que ya se habrá sentido la feliz revolución que causará la novedad introducida por el inmortal Iriarte en todo el universo». Y antes, sin duda por

haber advertido el descuido en que incurriera en las *Observaciones*, al censurar que los brutos fuesen maestros de literatura, siéndolo de moral, trata de disculparlo con que por una convención establecida soportamos esto último; «pero es muy repugnante al buen gusto que estos mismos personajes carguen ahora con la regencia del Parnaso.»=Juzgando el poema de *La Música*, asienta una gran verdad, pero que no era entonces muy corriente supuesto el número de ensayos de tal clase. «Un poema didáctico no sirve para instruir en el arte de que trata.... No hay libro elemental que no sea más á propósito para aprender un arte que el mejor poema». Es igualmente fundada la censura que hace de los versos jocosos publicados por Iriarte (*El apretón*, las *Décimas* y las *Quintillas disparatadas*), que son ciertamente fruslerías indignas de ver la luz pública, y que sólo el gusto de la época disculpa.=Pero lo que parece haber mortificado a Samaniego, y movídole acaso á escribir su folleto, son las alusiones á los bizcainos que le obligan á él á declararse como tal. «En lo que no estuvo feliz (escribe) el Sr. D. Tomás fué en los epigramas: no me ciega la pasión; léalos Y. md., señor enciclopedista. A pesar de ésta verdad, hay en ellos cierta cosa encubierta, que hace honor á su autor, salvo lo poeta. En los epigramas III y XII se sirve el señor Iriarte de dos bizcainos.¹ El bizcaino del número III sale graduado de cabalgadura, y el del número XII queda canonizado de borrico. Entre ciertas gentes es muy antigua la gracia de honrar á los bizcainos con el epíteto de *borricos*; pero no la de autorizar semejante estilo un escritor público de la clase del Sr. D. Tomás.... Así me quejaba yo, no como bizcaino, sino como ciudadano del universo y amigo de los buenos; pero ¡qué sorpresa! ¡qué satisfacción fué la mía cuando ví plenamente justificado al señor D. Tomás!» Esta sorpresa es la de haber sabido el origen bascongado de Iriarte, quien vino, pues, á herirse con su propia arma. Ya en serio concluye con unas curiosas observaciones sobre los adelantos que en aquel tiempo gozaba Bizcaya, y en la última página estampa ocho epigramas también contra Iriarte, uno de ellos ya conocido, y los demás de poco chiste, excepto los dos siguientes....»

Iguales consideraciones se guardan, por regla general, á Samaniego, en cuantas ocasiones se habla de él en *Iriarte y su época*; ora se

(1) Aunque el Sr. Cotarelo al copiar estos textos pone vizcaino, Vizcaya, etc. con v, Samaniego en esto folleto, al menos siguiendo la práctica de la *Real sociedad bascongada*, empleaba la b.

le califique de *poeta muy agudo* en la página 210; ora se le trate con gran circunspección y miramientos en su exactísima aunque breve biografía y en la templada crítica de sus *Observaciones* (p. 264 y s.); ya se reconozca lo atinado de algunas de sus reflexiones, cuando *abrió el camino de los ataques contra Huerta* (p. 335); ya en fin se empleen muy mesuradas censuras al juzgarle en la p. 403 y s. como parodiador del *Guzman* iriartino. Por estos y los demás pasajes de su concienzudo estudio se echa de ver que mi ilustre amigo Sr. Cotarelo sabe distinguir perfectamente entre el papel del biógrafo y el del panegirista.

Debemos, pues, felicitamos los bascongados, después de todo, de que la airosa figura de Samaniego, cada vez más enhiesta y levantada como fabulista,¹ siga también manteniéndose de día en día más arrogante en su papel de crítico, á la luz de las exigencias de la estética modernísima.

Y yo á mi vez me congratulo particularmente de que un poeta que hizo mis delicias en mi infancia (del 55 al 58); á quien supe apreciar en el Instituto, principalmente en la cátedra de Retórica (del 62 al 63) regentada por mi cercano deudo el concienzudo humanista vitoriano D. Joaquín de Sarasúa; á cuyo recuerdo consagré algunas conferencias en nuestro ateneo en 1870; á quien en 1876 defendí en la prensa contra un impugnador del género fabulístico; en cuya apoteosis, ó sea la erección de su estatua en Laguardia en 1883, tomé parte no insignificante; á quien consagré otra conferencia en el Ateneo en 1886 para reunir y glosar los comentarios favorabilísimos acerca de su crítica emitidos por el Sr. Menendez y Pelayo, en especial en la 2.^a parte del tomo III de la *Historia de las ideas estéticas en España*; de quien tuve la fortuna de exhumar en 1894 una obra completamente perdida; me haya dado una nueva ocasión de reverdecer sus inmarcesibles laureles y de refrescar una vez más la memoria de nuestros comprovincianos hácia sus indiscutibles merecimientos, merced al brillante papel que juega en la monumental y recientísima obra de D. Emilio Cotarelo, intitulada *Iriarte y su época*.

JULIÁN APRAIZ.



(1) Sólo en su villa natal no saben muchos apreciar pu valía. Sabido es que allí se le erigió en 1883 un modesto monumento, en el que tanta parte tomamos los vitorianos. Pues bien, ya hoy ha desaparecido, más que por las injurias de los temporales en un sitio á la verdad muy expuesto á ellas, por cierto *run run* supersticioso al recordar los lugareños que en aquel paraje hubo en tiempo de antaño un Crucifijo